

## LOS DIAGUITAS Y LA GUERRA

POR FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

### IV

#### LAS ARMAS DE LOS DIAGUITAS

En toda el área calchaquí lo prevalente es el arco y la flecha. A lo largo de las páginas precedentes hemos reunido un nutrido haz de documentos que lo prueban. Todavía podemos agregar que el gobernador Albornoz, poco antes del levantamiento general, dice que la gente de esa región es de temer “por ser toda la deste valle flechera y briosa” (69).

Es extraño, pues, al pronto, que a pesar de este serie impresionante de pruebas documentales no tengamos en más casos la corroboración arqueológica, pues no se han recogido en los yacimientos —sino por excepción— trozos de madera que pertenezcan a dichas armas. Sin duda la humedad del subsuelo lo ha impedido, destruyendo al curvado madero, de la misma suerte que casi no se han conservado piezas confeccionadas con ese material. Es muy posible, también, que los españoles no se limitaran a cortar las cuerdas de los arcos, como quiere algún documento que he reproducido en otra parte de este estudio, sino que también destrozaran y quemaran sus maderas, pues la medida antes indicada peca de excesivamente imprevisoro para ser tomada con gentes tan belicosas y deseosas de des-

---

(69) (LARROUY), *Documentos del Archivo de Indias*, etc., cit., I, 39.

quite. De suerte que esta ausencia de la prueba arqueológica comienza a encontrarse, tras un ligero examen, bastante justificada.

En cambio, sólo puede atribuirse a descuido en el examen de los vestigios y restos de industria de los yacimientos estudiados, la escasa cantidad de puntas de flecha consignadas en la bibliografía arqueológica. Quizás la excesiva pequeñez de algunas de esas puntas haya impedido su recolección. En muchos casos, la mala costumbre de no pasar por el tamiz las paladas de tierra, por ser trabajo lento y aburridor, y la costumbre criolla de fiar a la vista lo que debiera ser objeto de un control más riguroso, nos puede dar la pauta de esta ausencia de hallazgos; pero es el hecho que ellas faltan habitualmente, aún en monografías que estudian yacimientos, "ciudades" o "pucará" del Valle Calchaquí, poblado por tan formidables e insistentes flecheros. Desde luego, es imposible encontrar en la bibliografía nada que sea otra cosa que alguna cita deshilvanada. Falta todo intento de clasificación de dichos materiales líticos. Agreguemos que en ciertos casos se utilizaban diversos tipos de piedra, desde el sílex hasta la obsidiana. De este último material, de muy bella y prolija factura, de tipo triangular, largo, agudo y de base escotada eran, por ejemplo, las que Ambrosetti encontró en La Paya (70).

Algunas de ellas se parecen bastante a la serie de cinco que encontró Bruch en Molino del Puesto (71) y de las que nos dice lo siguiente: "Todas ellas han sido más o menos bien talladas; muchas con punta aguda y una pequeña escotadura en la extremidad posterior; están provistas casi siempre en uno, ó en ambos lados, de una profunda ranura longitudinal mediana" (72). Como se ve, en uno y otro caso, nada de mediciones, nada de determinaciones exactas. Todas las referencias se ofrecen con una misma inseguridad vagarosa. También apare-

---

(70) AMBROSETTI J. B., *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica*, etc., cit., 446-449, y fig. 234.

(71) BRUCH C., *Exploraciones arqueológicas*, etc., cit., 99, fig. 99

(72) BRUCH C., *Exploraciones arqueológicas*, etc., cit., 98.

cen figuradas en la misma ilustración la pequeña serie de las puntas de flecha que el autor recogió en Fuerte Quemado, "pu-cará" en el que una investigación minuciosa tendría que dar, aún hoy, materiales copiosos. De dicha serie se nos dice que son "muchas de forma triangular, con los dos bordes y la base rectos o ligeramente convexos; otras, en esta última parte cóncavas, y muchas veces profundamente escotadas, conservando dos aletillas pronunciadas: este grupo constituye el tipo predominante de la región. Se encontraron también puntas de flecha más o menos pedunculadas en su base, algunas pequeñas, de forma corta, triangular, con los bordes laterales cortantes, y otras más alargadas fuertemente dentadas" (73). El material era el mismo que el de la serie de La Paya, obsidiana, aunque en algunos casos Bruch supone dubitativamente que pueda haberse empleado basalto. Otras puntas de flecha líticas eran grandes, gruesas, lanceoladas "pero con cantos ó filo en toda la circunferencia".

En algunos yacimientos, la recolección de puntas de flecha parece haberse podido realizar, sin embargo, con una facilidad inusitada. Así ocurriría, por ejemplo, en Morohuasi donde —al decir de Boman— en poco rato se podía reunir una gran colección de ellas, pues el suelo se encontraba sembrado de estas pequeñas obsidianas talladas (74). Sin embargo, puesto el autor a describirlas, no nos avanza gran cosa sobre ellas, ni intenta una clasificación por sus dimensiones ni por sus formas, como hubiera sido deseable que lo hiciese si contaba con material tan abundante de un instrumental tan difícil, por lo común, de hallar (75).

En otros lugares arqueológicos se encuentran, asimismo, puntas de flecha de hueso trabajado, de diversas dimensiones y forma; en cambio no se hallan puntas de madera, que tan frecuentes son en la Puna en donde la extrema sequedad del subsuelo ha permitido su conservación.

(73) BRUCH C., *Exploraciones arqueológicas*, etc., cit., 100.

(74) BOMAN E., *Antiquités de la Région Andine*, etc., cit., I, 337.

(75) BOMAN E., *Antiquités de la Région Andine*, etc., cit., II, 570 - 575.

Agréguese, todavía, que —como Vignati lo ha demostrado (76)— alguna vez estuvo en uso el propulsor.

Las ilustraciones de la figura humana, representadas en urnas santamarianas y en pictografías y petroglifos regionales, permiten inferir que el ástil de las flechas era emplumado, para asegurar la puntería. El P. Torres les vió con sus arcos que no abandonaban jamás y un carcaj con más de cincuenta flechas cada uno (77).

Otras fuentes, tanto arqueológicas como históricas muestran que los habitantes del Valle Calchaquí utilizaban jabalinas, esas “medias picas” de que hablan Lozano y otros autores. Tales armas debieron utilizarse ya como arrojadizas, ya en el cuerpo a cuerpo, aunque sus dimensiones las hicieran realmente eficaces en la media distancia.

También se emplearon como arma arrojadiza las piedras lanzadas con hondas tejidas con lana de *auchenía*. Quien ha visto, en nuestros días, manejarla a un indio, sabe de su temible eficacia. Las crónicas de la conquista las mencionan con el respeto que su poder ofensivo les aseguraba.

En cambio, cuando el combate se llevaba hasta la distancia mínima era el momento en que se tornaba realmente irresistible la acción de los terribles “rompecabezas”. Hay dos tipos fundamentales: el redondo o anular o elíptico y el estrellado. Dentro de cada una de estas formas pueden señalarse subtipos: en el primer grupo, los completamente redondos y los ligeramente elípticos, que a su vez se pueden subdividir según su anchura y su espesor. Entre los segundos, los subtipos pueden agruparse según el número de sus dientes o salientes, su anchura y su espesor. En cuanto a los materiales empleados, los anulares o elípticos son de piedra, aunque alguna vez el material lítico se emplee también para los estrellados. Pero los de “bronce-

---

(76) VIGNATI M. A., *El uso del propulsor en el Noroeste Argentino*, en *Notas del Museo de La Plata*, (*Antropología* N<sup>o</sup> 8), I, 356-358; Buenos Aires 1936.

(77) TORRES P. D. DE, *La nouvelle histoire de Pérou d'après la relation du Pere...*, fol. 16; Paris 1604, ex BOMAN E., *Antiquités de la Région Andine*, etc, cit., I, 29.

calchaquí” —para emplear la terminología de Ambrosetti— son estrellados (véanse los diversos tipos en la Lámina XXIV). Como casi toda la metalurgia diaguita, pueden confundirse perfectamente con los “rompecabezas” metálicos incaicos (o los hallados en el altiplano boliviano, que también son de inspiración y posiblemente de procedencia, incaica).

En estas armas metálicas, como en el resto de la metalurgia diaguita, la aleación del cobre con el estaño ha sido hecha de una manera totalmente empírica, por lo que —en una serie de objetos destinados al mismo uso— pueden observarse grandes diferencias en el porcentaje de estaño empleado. Es sabido que el bronce clásico empleaba un diez por ciento de estaño, razón por la cual la designación de “bronce calchaquí”, para materiales cuyo porcentaje oscila entre un tres y un diez y seis por ciento, es un poco fuera de razón. Hagamos la observación, aunque comprendamos la dificultad existente para hallar una mejor expresión en su reemplazo (78).

Si pasamos de la subregión calchaquí a la de los Barreales, nos encontramos con un problema diferente. Por de pronto, no existe la avalancha documental que poseemos sobre la subzona calchaquí. En las de los Barreales debemos manejarnos sobre la base de la prueba arqueológica. El vestigio cobra, aquí, una fuerza de testimonio exclusivo y cuando él se presenta en series homogéneas logra una prueba incontrastable y decisiva.

A esto se agrega que no hallamos, entre esos vestigios de los Barreales, resto alguno que pueda demostrarnos el uso del arco, tan frecuente, en cambio, entre los calchaquíes, según la prueba *ad nauseum* de las fuentes históricas: quizás lo ya dicho acerca de la dificultad en la conservación de los objetos de madera pueda darnos una explicación respecto de esa reiterada ausencia del vestigio arqueológico.

El caso es que —así como el arco prevalece en la subregión calchaquí—, el propulsor (o tiradera, o lanzadera, o estó-

---

(78) MÁRQUEZ MIRANDA F., *La antigua provincia de los diaguitas*, cit., 335.

lica) se encuentra con mayor frecuencia en la subregión de los Barreales, adonde su primer descriptor, Salvador Debenedetti, señaló ya la existencia de dos vasos de la célebre arcilla negra con dibujos grisáceos de guerreros que portaban propulsores, con un dibujo tan nítido de las particularidades del instrumento mismo que podía advertirse que ambos pertenecían al subtipo de los de doble gancho (79). Vignati, en 1936, tras demostrar la existencia de ganchos de propulsor entre los calchaquíes—según dejó señalado hace un instante— presentó una interpretación correcta de una figura inconcientemente deformada por Quiroga (80) y Lafone Quevedo (81), y la cual, apareciendo en las paredes de otro vaso de cerámica negra de tipo Barreales, muestra en realidad a otro guerrero llevando la conocida combinación de dardos y propulsor. Esta pieza, procedente de Piedra Blanca, en la provincia de Catamarca, era—en realidad— una ratificación del uso de dicha arma entre los poseedores de la cultura de los Barreales (82).

Siempre he sospechado que el breve ensayo de Debenedetti sobre esa cultura, que es su obra póstuma, es un trabajo harto apresurado, hecho entre la urgencia de otras tareas y sin otro propósito que el de señalar un precedente y asegurar un derecho para ulteriores investigaciones: su desarrollo en pocas páginas, pese al tamaño de la letra elegante, la ausencia casi total de las informaciones bibliográficas adecuadas, el examen rápido cuando no elusivo de las principales cuestiones, lo delata. En mi sentir, Debenedetti no tuvo más que una visión totalmente fragmentaria y fugaz de los materiales que se ha-

---

(79) DEBENEDETTI S., *L'ancienne civilisation des Barreales du Nord ouest argentin. La Ciénega et La Aguada*, en *Ars Americana*, II, 22, fig. 8, láminas XXXII a y XXXIV a; Paris 1931.

(80) QUIROGA A., *La cruz en América (Arqueología Argentina)*, figura 29 bis; Buenos Aires 1901.

(81) LAFONE QUEVEDO S. A., *Tipos de alfarería de la región diaguita-calchaquí*, en *Revista del Museo de La Plata*, XV, 377, figura 52; Buenos Aires 1908.

(82) VIGNATI M. A., *El uso del propulsor, etc.*, cit., 356-358.

bían obtenido en las célebres expediciones costeadas por Muniz Barreto.

Una prueba de este aserto es la gran cantidad de material fragmentado que llegó a mis manos cuando la importante colección pasó, para su estudio, al Museo de La Plata. Si ella contenía miles de piezas en tal estado, era evidente que nadie podía haber seguido en ellas sus figuraciones ni, por lo tanto, desentrañado su significado.

Otra prueba —de las varias que podría presentar para probar aquella sospecha— es que en la tarea de restauración de los vasos obtenidos en las expediciones a La Aguada (yacimiento en que se encontró, entonces, material llamado de Barreales), he podido señalar no dos vasos con decoraciones de guerreros que blanden o que están acompañados de propulsores sino seis: los seis cuyas reproducciones se agregan a este texto (Láminas XIV *a* y *b*, XV *a* y *b* y XXV).

Todos ellos pertenecen a un mismo yacimiento: sus características responden uniformemente a las de la cerámica negra de los Barreales: magnífica cocción, gran pulimento, grano fino, decoración blancuzca o grisácea. Sus numeraciones, dimensiones y demás constancias, figuran en el cuadro inserto a continuación:

#### VASOS DE LOS BARREALES CON DECORACION DE GUERREROS CON PROPULSOR

Lámina	Nº de la pieza	Colección	Yacimiento	Altura	Ancho de la boca
XIV, <i>a</i>	11.961	Muniz Barreto	La Aguada	81 mm.	181 mm.
XIV, <i>b</i>	12.428	„ „	„ „	85 „	150 „
XV, <i>a</i>	11.858	„ „	„ „		
XV, <i>b</i>	11.915	„ „	„ „	89 „	212 „
XVI, <i>a</i>	12.458	„ „	„ „	127 „	203 „
XXV, -	10.723	„ „	„ „	125 „	173 „

Debe hacerse notar que a pesar de que en la lámina correspondiente al vaso Nº 12.458 la silueta antropomorfa figu-

rada no aparece con propulsor, no hay error de computación en el cuadro anterior, pues en la parte del vaso no reproducida es donde aparece el guerrero con aquella arma. Como tal figura no difería esencialmente de las anteriores se ha preferido presentar esta otra parte de su decorado que ha sido motivo de dudas y de observaciones, que expresaremos a continuación.

En efecto, tal pieza —única— ostenta a la representación antropomorfa teniendo en su mano derecha una gran flecha o jabalina y en la izquierda un objeto, esquemáticamente representado, que para Debenedetti era, posiblemente, un boomerang. Los trazos tan poco detallados de la parte dedicada a este instrumento han planteado la cuestión, agravada por la circunstancia de no encontrarse en todo ese copioso material otra pieza semejante. No hay en las fuentes escritas constancia alguna del uso de esta arma, que por su carácter singular debería haber llamado la atención a los cronistas. Tampoco se le menciona en ninguno de los relatos de las "guaçabaras" que esmaltan las Informaciones de méritos y servicios. Por último, es de temer que una imputación apresurada, calificando a tales rasgos como boomerang, pueda sufrir la misma suerte de aquellas determinaciones erróneas que Ambrosetti verificó en su hora con respecto a ciertos instrumentos de madera, de forma curvada, que luego resultaron cuchillones o implementos para desterrar los terrenos de cultivo. El error de Ambrosetti tuvo sus consecuencias, pues Rivet hizo figurar esas equivocadas determinaciones como pruebas de la existencia del boomerang en América, en algunos de sus trabajos de correlación de los elementos culturales comunes a Oceanía y a América... Todo ello aconseja, pues, una gran cautela y el mantenimiento en suspenso de tal juicio, hasta tanto nuevos elementos, ya de las fuentes escritas ya de las arqueológicas, venga a dilucidar completamente la cuestión.

Volviendo por un momento más, todavía, a lo que se refiere al propulsor, he de señalar que es posible hallar en las colecciones arqueológicas de los grandes museos argentinos, y previa una detenida inspección, algunos hallazgos, probatorios de su uso entre los indígenas del noroeste argentino. Vignati, en el trabajo ya recordado, mencionaba, como prueba directa

el hallazgo de algún gancho de este tipo de instrumental. A esta información puedo agregar nuevas pruebas. Ante lo que él dijera, respecto de los hallazgos de tales piezas, realizados en las colecciones del Museo Argentino de Ciencias Naturales, creí conveniente volver a revisar los materiales existentes en nuestro Museo de La Plata, sobre todo los pertenecientes a las viejas colecciones, para ver si entre ellos era posible identificar alguna pieza de esta índole, hasta ese momento olvidada o mal clasificada. Los resultados obtenidos son superiores a las esperanzas mejor fundadas. En efecto, esta revisión metódica ha permitido la localización, por mejor decir el hallazgo, de ocho nuevos ganchos de propulsor, pertenecientes a diferentes colecciones de las que integran el gran conjunto de materiales reunidos en este Departamento, de procedencias, técnicas y materiales diversos, pero hermanadas por su destino incuestionable, a pesar de que todas ellas figuraban en las fichas respectivas como "objeto de uso desconocido". He aquí el cuadro que puede formarse con tales elementos, que deben ser agregados a los que oportunamente señaló Vignati.

#### GANCHOS DE PROPULSOR DEL NOROESTE ARGENTINO

Nº de la pieza	Colección	Yacimiento	Largo	Ancho máximo	Material usado	
55	Lafone	Quevedo	Campo de Pilciao	39 mm.	28 mm.	Cuarcita blanca
56	"	"	Pucará	33 "	27 "	" "
136	"	"	Catamarca	36 "	25 "	Pizarra cuarcítico-arenosa manchada.
144	"	"	"	49 "	26 "	Cuarzo lechoso
350	Moreno núm. 1.	Calchaquí	"	33 "	25 "	" "
352	"	"	"	33 "	22 "	" "
354	"	"	"	24 "	17 "	" "
355	"	"	"	30 "	23 "	" "

Sobre este notable conjunto de piezas inéditas volveré, con mayor detenimiento, en otra oportunidad.

Uno de los temas más frecuentemente representado en las decoraciones de base antropomorfa de la cerámica de los Barreales, es la de un personaje —posiblemente un guerrero— encuadrado por ambos lados por grandes varas o ástiles de jabalinas plantadas verticalmente en tierra. En mi entender estas figuraciones deben de ser vinculadas a la existencia, entre este grupo social, de lo que los españoles denominaban “medias picas”, de la que ya se habló al tratar de las armas entre los calchaquíes.

VASOS DE LOS BARREALES CON DECORACION DE  
“MEDIAS PICAS”, FIGURADOS EN ESTE TRABAJO

Lámina	Nº de la pieza	Colección	Yacimiento	Altura	Ancho de la boca
XVII, a	12.623	Muniz Barreto	La Aguada	90 mm.	178 mm.
XVII, b	11.917	„ „	„ „	104 „	217 „
XVIII, a	12.335	„ „	„ „	111 „	210 „
XVIII, b	12.838	„ „	„ „	120 „	246 „

El tema, desde luego, es excesivamente frecuente, y las representaciones difieren tan poco entre sí, que no ha parecido necesario ilustrarlo aquí de una manera más abundante. Pero, por si fuera conveniente la prueba de esa frecuencia, daremos a continuación una nómina de las piezas en que se repite con ligerísimas variantes (entendiéndose que todas ellas pertenecen a la cultura de los Barreales y a ese tipo especial de su cerámica): números 11.507, 11.508, 11.681, 11.725, 11.776, 11.806, 11.839, 11.978, 12.008, 12.020, 12.134, 12.198, 12.256, 12.659, 12.770, 12.787, 12.862, 12.873, 12.878, 12.880. En cambio, un solo vaso —el Nº 11.806 de esa Colección— presenta flechas sin acompañamiento de la figura humana.

La vieja preocupación guerrera de todos los diaguitas por el cabello largo y por los peinados complicados florece también en Los Barreales: ya sabemos que la idea de los españoles de “trasquilarles” los cabellos determinó más de un levanta-

miento de los temibles calchaquíes. En todo el mundo diaguita los cabellos largos y el peinado intrincado tuvieron un significado social. Mas no he de insistir en esta oportunidad sobre ese aspecto, que será motivo de una próxima publicación especial (83).

En los Barreales —como entre los calchaquíes (84)— están en uso ciertos tocados destinados a aumentar el aspecto de indomitez y de ferocidad. Gorras hechas con las cabezas de animales, disecadas, puestas una a cada lado, si son dos, o cubriendo la parte superior de la cabeza como gorras ornamentales, si no es más que una, contribuyen a producir aquel efecto psicológico, tal como se ve en algunas de las láminas de este estudio, que ya han sido mencionadas. Más aún, dos vasos, uno número 11.703 y otro sin número (que figuran, respectivamente en las láminas XIX y XX de esta monografía), y que fueron colectados el primero por Debenedetti en La Aguada, y el segundo por mí en La Toma, muestran, con una identidad de escuela impresionante, dos guerreros, con grandes flechas o jabalinas en ambas manos y con sus cabezas cubiertas por grandes máscaras ceremoniales. Acaso elevados dignatarios en el acto de entregar o recibir las flechas de la alianza, acaso sacerdotes celebrando una ceremonia militar o religiosa (pues sabido es que una de esas ceremonias de su culto consistía —según el relato de del Techo— en ofertar al sol una cabeza de cierva cubierta de flechas). Pero el tono de la figuración, integrando la serie de las que estamos presentando, me parece de un carácter marcadamente militar, aunque sin excluir, como es de práctica en toda ceremonia entre primitivos, la intervención de la magia.

Por último, en otro trabajo posterior sobre diaguitas (85), mostraré una urna santamariana, perteneciente a la Co-

---

(83) MÁRQUEZ MIRANDA F., *El peinado de los diaguitas*, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, IV (en preparación).

(84) MÁRQUEZ MIRANDA F., *La antigua provincia de los diaguitas*, cit., figs. 6, 11 y 13.

(85) MÁRQUEZ MIRANDA F., *Los diaguitas, Inventario patrimonial arqueológico y paleo-etnográfico* (en prensa).

lección Muniz Barreto, en la que se encuentra figurado un guerrero que lleva prendida al hombro una cabeza trofeo. Esta costumbre, en uso, pues, entre los calchaquíes, fué practicada también en otra subregión, la de los Barreales: el vaso número 10.723 de esa misma Colección, proveniente de La Aguada, departamento de Belén, provincia de Catamarca, que presento en la lámina XXV, muestra esa misma costumbre. El guerrero lleva la cabeza trofeo pendiente de un cordel de su mano derecha. Así, gracias a estas figuraciones y a las que suelen aparecer en algún petroglifo, podemos afirmar que los diaguitas, como sus vecinos los omaguacas, y como numerosos otros pueblos de América (86), utilizaban ese elemento. Esta costumbre correspondía bien a las modalidades de su mentalidad de primitivos. "Al llevar consigo, cosidas o amarradas a su traje de guerra, o pendientes de su cintura, de su brazo, de su muñeca o de su puño, la cabeza de su enemigo vencido, sumaban a su primitiva destreza en el manejo de las armas, a su habilidad combativa, a su ardor en la lucha, a su coraje, a su valor físico, a su capacidad de resistencia para el castigo, las que poseyera en vida aquel enemigo. La seguridad de este refuerzo de capacidad valía bien la molestia del transporte, tanto más cuanto que la posesión de una o de varias cabezas-trofeo era un cartel peremane que pregonaba, con su muda elocuencia, las virtudes militares del que las portaba como dueño, al par que infundía el terror al posible enemigo" (87).

Al igual que los caciques calchaquíes, los de los Barreales ostentaron como insignias de mando magníficas hachas ceremoniales. El vaso número 11.725 de la misma Colección Muniz Barreto, procedente de La Aguada, muestra a un guerrero portando en su mano izquierda una gran hacha o *toki* de mando, cuya forma de hoja recuerda, algo, el ejemplar publicado en la lámina XXI b, de este estudio. El vaso está reprodu-

---

(86) VIGNATI M. A., *Los cráneos trofeo de las sepulturas indígenas de la Quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy)*, en *Archivos del Museo Etnográfico*, N° 1, 151-158; Buenos Aires 1930.

(87) MÁRQUEZ MIRANDA F., *Los diaguitas, Inventario patrimonial*, etc., cap. VI (en prensa).

cido en nuestra lámina XVI b, y mide 106 mm. de alto con una abertura de boca de 224 mm. Esta clase de instrumental ceremonial tiene una amplia difusión en América y Oceanía, presentando a veces ejemplares de un valor artístico considerable (88). *Toki* o hachas, como las que aparecen figuradas en ese ejemplar de alfarería, o como la ya recordada de metal, o aun como las que se ilustran en las láminas XXI c, XXII y XXIII b, pudieron tener un valor no meramente ceremonial y decorativo en circunstancias de un combate cuerpo a cuerpo. Su material y su peso podía concederles, además, la posibilidad de su utilización práctica, si es que sus ritos y costumbres pudieron permitirlo.

Otro tanto ocurre con algunas hachas de piedra con tallón decorado —como la que Ambrosetti describió procedente de Huaycama (89), o la que aquí presentamos, (Lámina XXIII a), que bien pudo ser, también, arma eficaz.

Por último, recordemos que en el capítulo anterior dejamos a los diaguitas en su lucha entre el desconocimiento de la manera de manejar a los caballos y su necesidad de tomar definitiva posesión de ellos, no ya como meros productores de carne comestible, sino como elementos de primer orden para el combate, como verdaderas armas de guerra. Que lo lograron, finalmente, lo sabemos por un documento en el que el gobernador don Felipe de Albornoz da al Rey noticia de lo acontecido durante el Gran Alzamiento. Allí se dice que en el transcurso de la magna sublevación los indígenas —aprovechando una salida de la guarnición de La Rioja, que creía poder sorprenderlos en Machigasta— asaltaron a dicha ciudad y para realizarlo “habían vuelto los indios avisados de su salida a acometer e invadir la ciudad y entrar por cuadradas corriendo a caballo con hachones encendidos para quemarle” (90). La es-

---

(88) MÁRQUEZ MIRANDA F., *Los "Tokis"* (A propósito de un nuevo "toki" de la Araucanía), en *Notas del Museo de La Plata (Antropología N° II)*, IV, 17 - 45; Buenos Aires 1939.

(89) AMBROSETTI J. B., *El hacha de Huaycama*, en *Anales del Museo Nacional*, XIV, 15-23; Buenos Aires 1906.

(90) (LARROUY), *Documentos del Archivo de Indias*, etc., cit., I, 89.

cena pinta bien un dominio no relativo sino absoluto del caballo, ya que nos pinta a los caballistas autóctonos como capaces de manejar a sus corceles en tales momentos de desconcierto y de desorden y blandiendo esas teas que denotaban una confianza completa y recíproca de animal y jinete.

Todo ello en cuanto respecta a las armas ofensivas. En lo que se refiere a las defensivas, debe tenerse en cuenta que los diaguitas utilizaron grandes escudos protectores, cuyas representaciones vemos muy a menudo figuradas en las decoraciones antropomorfas de las urnas funerarias santamarianas. Figuras similares, corroborantes de su existencia, encontramos, también con cierta frecuencia en los petroglifos, en donde teorías de personajes ostentando protecciones escutiformes aparecen en las paredes de las rocas. Por último, su huella ha quedado reflejada en la metalurgia, como en el caso que presento de una maravillosa pieza perteneciente a las viejas colecciones del Museo de La Plata y, por ello, sin mayores datos de procedencia (Lámina XXI a), en la que vemos dos personajes así adornados. Es de hacer notar que la pieza misma es de por sí una rodela o escudo pequeño, destinado a proteger el antebrazo, un "orbe", en suma, como los denomina del Techo, quien nos da, por vez primera, informaciones respecto de su utilización bélica y no meramente decorativa, aunque tales piezas tuvieran, también, un valor permanente en materia de ornato personal. Esta tiene 300 mm. de diámetro y un peso considerable, correspondiente a su resistencia y espesor.

## V

### LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

Al llegar Bohórquez a intervenir en la guerra como "falso Inga", les enseñó el uso de los arcabuces, mejoró su técnica de sitio, su manera de embestir los recintos fortificados y otros detalles bélicos. Los españoles se vieron en situación difícil y la guerra adquirió matices de desaforada violencia. Los diaguitas martirizaron a sus enemigos "con esquisitos tormentos", tal como lo cuenta Lozano muy menudamente, y ni ante

mujeres y misioneros detuvieron su saña. Por su parte, los españoles procedieron a descuartizar con cuatro potros a los jefes insurrectos y a herrar en el rostro, con los "hierros de carimbar" a los simples régulos; luego a desterrarles o repartirles en encomienda. Estos repartimientos, hechos bajo la vigencia de la ordenanza de 1579, produjeron en corto tiempo una intensa despoblación del territorio.

No logrando con ello su propósito, los españoles comenzaron a enviar a los indios dominados, a territorios lejanos desarraigándolos de sus peñas nativas. Esto no sirvió de mucho, siempre: hubo indios que se regresaron del Potosí para seguir combatiendo (91). El gobernador Mercado hizo algunos repartos de prisioneros, los que aun en los documentos oficiales perdieron su individualidad humana para convertirse simplemente en "piezas" (92). Tal entrega se hacía a los encomenderos "por sus vidas o por veinte años u otro limitado tiempo"... Y los quilmes fueron trasladados en buen número a corta distancia de Buenos Aires.

Figueroa y Mendoza, que lo sustituyó, reconoce que los indígenas están en tal estado de revuelta espiritual, que cualquier aventurero que quisiese tomar el papel de Bohórquez podría encender la guerra de nuevo. Y los tres hijos, que de aquél habían quedado, y que los indios recelosos escondían en sus abrigos inexpugnables, constituyeron su preocupación incesante, temeroso de que aparecieran en un momento dado, encabezando la rebelión (93).

También los españoles sufrieron con las consecuencias de esa cruenta lucha, que no parecía tener fin. Más tarde recordaron esos hechos como algo legendario, pero en el entretanto las ciudades padecían de ese estado de cosas. Hasta la propia San Salvador de Jujuy, "que es también frontera de los enemigos referidos" se encuentra en pésimas condiciones "por hallarse la provincia tan gastada de la guerra de Calchaquí",

---

(91) (LARROUY), *Documentos del Archivo de Indias*, etc., cit., I, 234.

(92) (LARROUY), *Documentos del Archivo de Indias*, etc., cit., I, 238-39.

(93) (LARROUY), *Documentos del Archivo de Indias*, etc., cit. I, 259.

según expresa en 1671 el gobernador Don Angel de Peredo. No les cabía mejor suerte, según el propio informante, a las poblaciones de San Felipe de Lerma y de San Juan de la Rivera de Londres. Esta última, después de despoblada "se volvió a poblar, ha algunos años, sólo con el nombre". Este ficto poblamiento tenía una oculta raíz económica: los supuestos vecinos se hacían adjudicar indios en encomienda, pero ellos residían en La Rioja y en los lugares poblados del Valle de Catamarca. En cuanto cesaba la guerra los tales postizos vecinos desguarnecían al fuerte de Andalgalá o a algún otro de esos recintos fortificados y se marchaban con sus escuderos a sitios de más renombre y civilidad, volviendo sólo para hacer las juntas de año nuevo, para la elección de alcaldes, y para atender sus intereses entre los que se señalaban, en primer término, el hacer trabajar a los indios en hilados, tarea en la que eran harto prácticos (94). Por ello el nuevo gobernador, Don José de Garro, solicitó el traslado de esa población ficticia, que sólo tenía una existencia nominal (95).

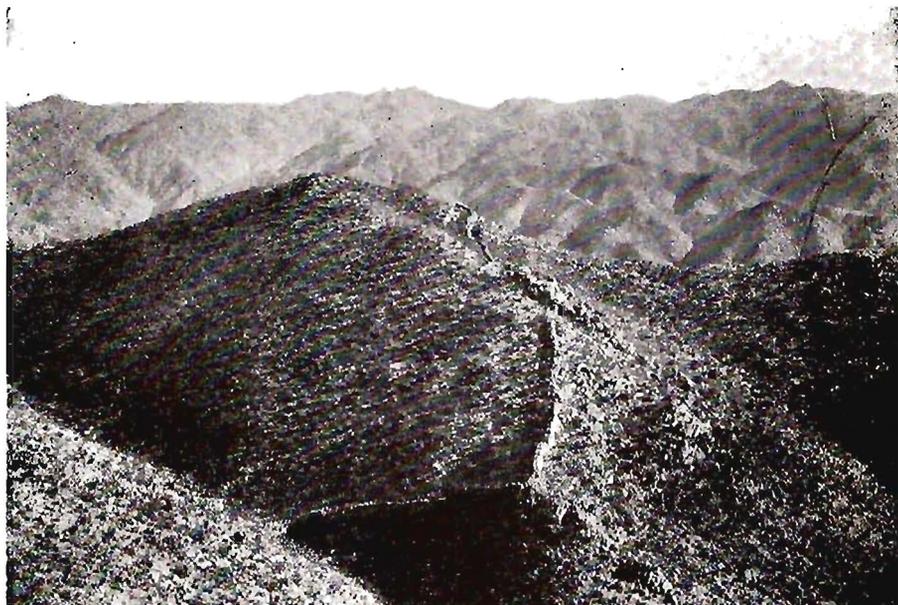
Todo ello demuestra que, en buena parte, esta guerra no fué motivada únicamente por la belicosidad indígena, sino que halló su clima de exasperación y de recíproca crueldad en base a las exigencias inmoderadas de los encomenderos. Las ordenanzas de Alfaro habían sido olvidadas y la codicia insaciable de los encomenderos, que posponían las prescripciones de la ley para pensar en su provecho, eran la única norma.

Hay una condena terminante de este estado de cosas en las palabras sin rebozo que el obispo del Tucumán, doctor Julián de Cortazar, dirige al Soberano y en las que se advierte el enojo del varón justo y del clérigo clemente para las demasías de los explotadores: "Toda esta Provincia, Señor, está totalmente rematada, así en lo general como en lo espiritual. En lo temporal no se guarda ordenanza ninguna de las que dejó

---

(94) LARROUY P. A., *Documentos relativos a Nuestra Señora del Valle*, etc., cit., I, 110.

(95) LARROUY P. A., *Documentos relativos a Nuestra Señora del Valle*, etc., cit., I, 110.

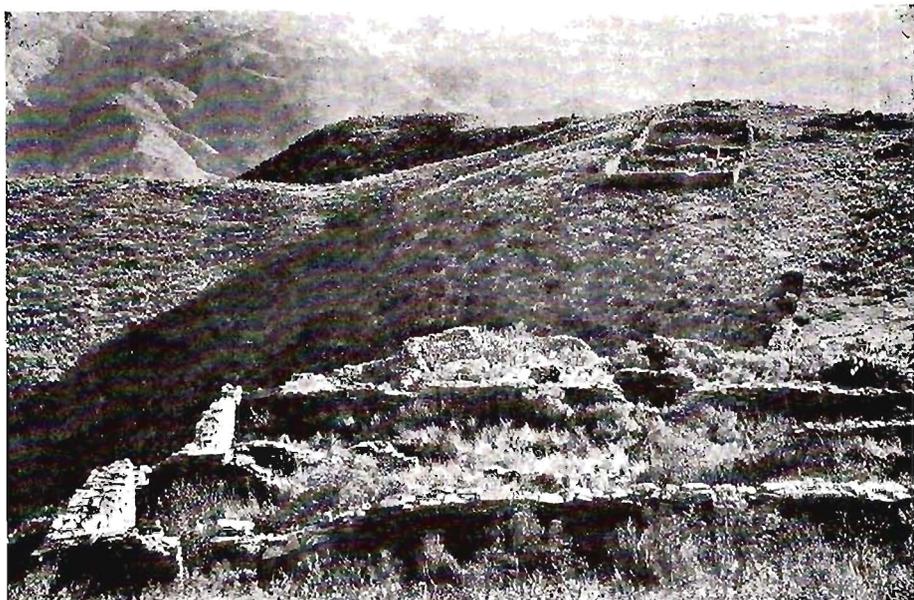


a



b

El "pucará" de Andalgalá, en el departamento del mismo nombre, provincia de Catamarca: a) La muralla de circunvalación del segundo cerro; b) las murallas de defensa del norte, vista tomada desde la fortaleza hacia el campo del "pucará".

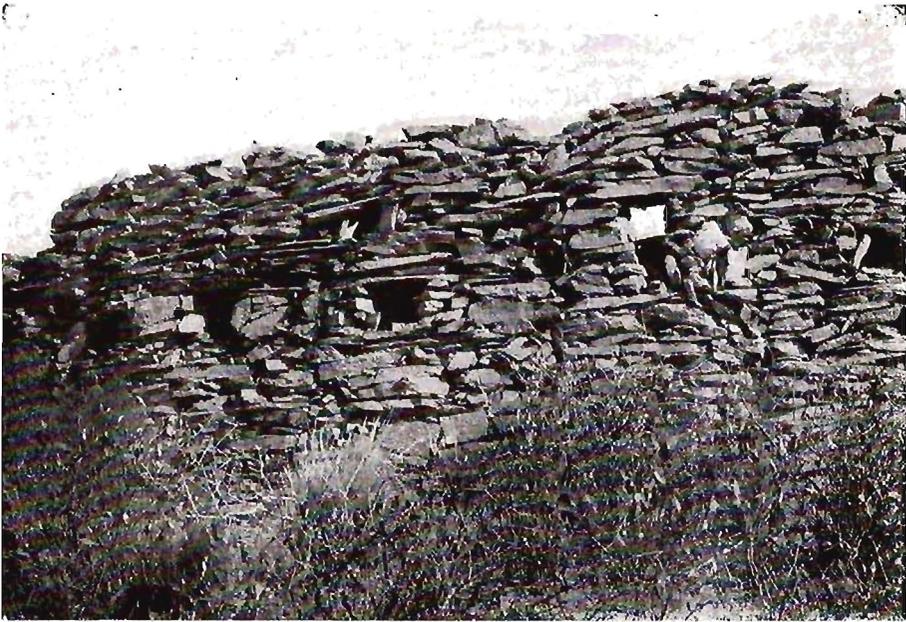


a



b

El "puccará" de Andalgulá: a) vista tomada hacia el oeste, mostrando las murallas y construcciones del lado sur de la fortaleza; b) vista de la parte oeste del grupo principal de construcciones.



a



b

El "puerco" de Andalgalá: a) troneras en la primera muralla de circunvalación, en el rumbo norte; b) puerta en una de las murallas de circunvalación, vista tomada al ir entrando en el "puerco".

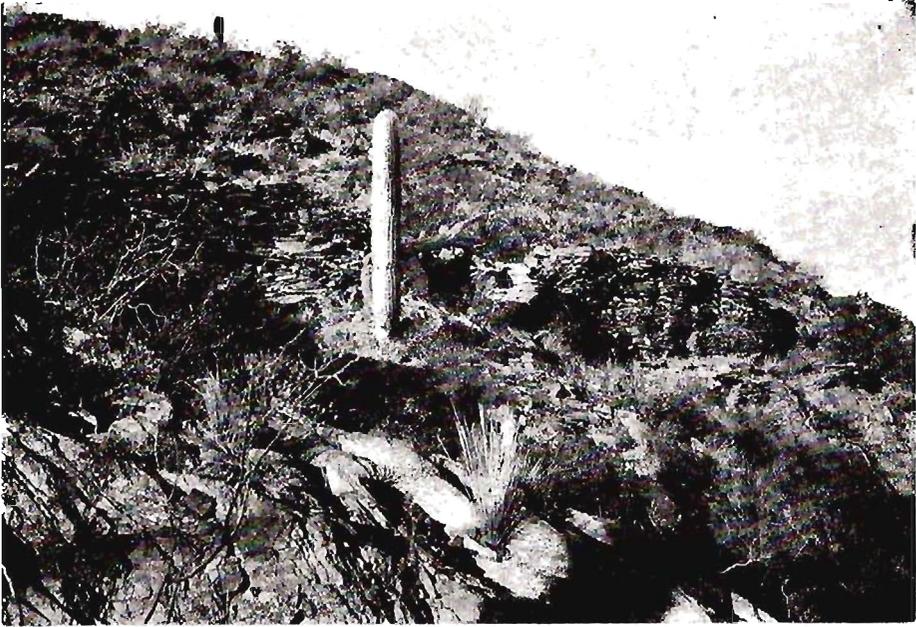


a



b

El pucarã llamado "El Mendocino", en Punta de Balasto, departamento de Santa María, provincia de Catamarca: a) una de las pendientes con rastros de construcciones; b) la pendiente del oeste, con murallas.



a



b

El mismo "puenrú" de Punta de Balasto: a) detalle de las murallas de defensa en la pendiente del oeste; b) otro detalle, con una muralla en S. que conformen un desnivel del terreno.



a

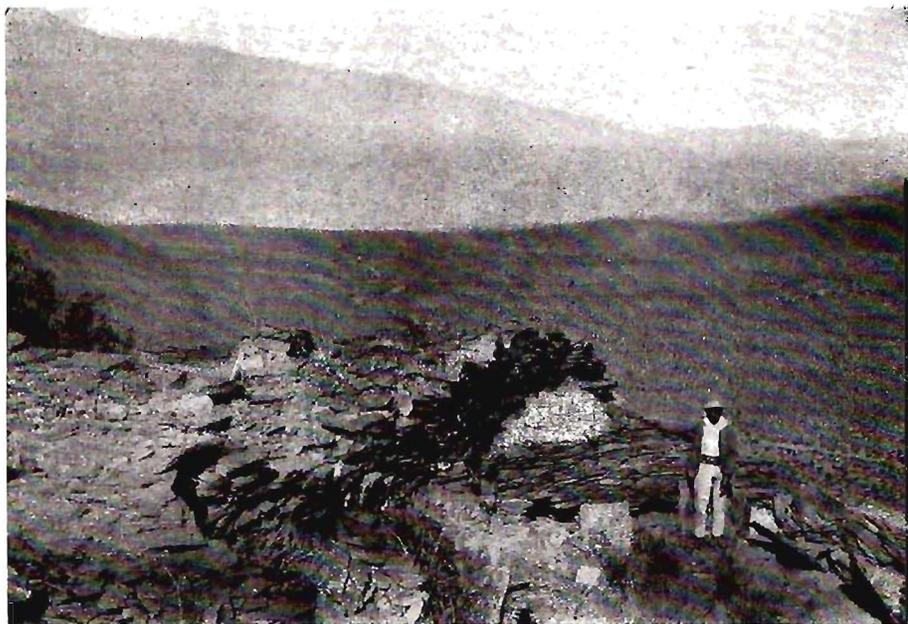


b

El "puerá" de Punta de Balasto: a) otro detalle de las obras de defensa del lado del oeste; b) torrezuelas o murallas de defensa de forma redondeada.



a

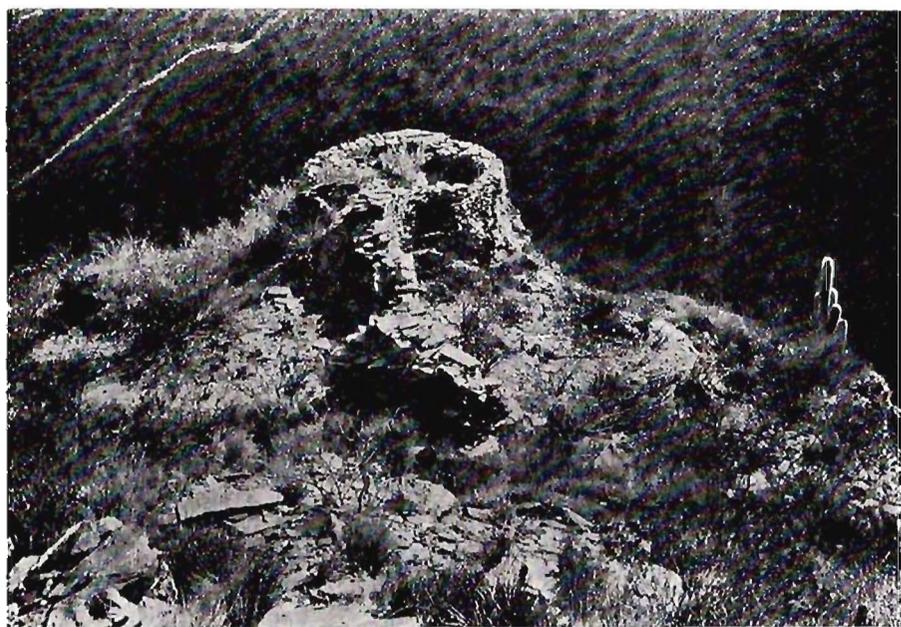


b

Otros detalles del "puenrá" de Punta de Balusto: a) murallas de defensa en terrazas, con entrantes y salientes; b) murallas de la cima, en el costado oeste.



a



b

El "puenaró" de Punta de Balusto: a) la torre y su muralla anexa, vistas desde el norte; b) detalle de la misma torre de defensa.

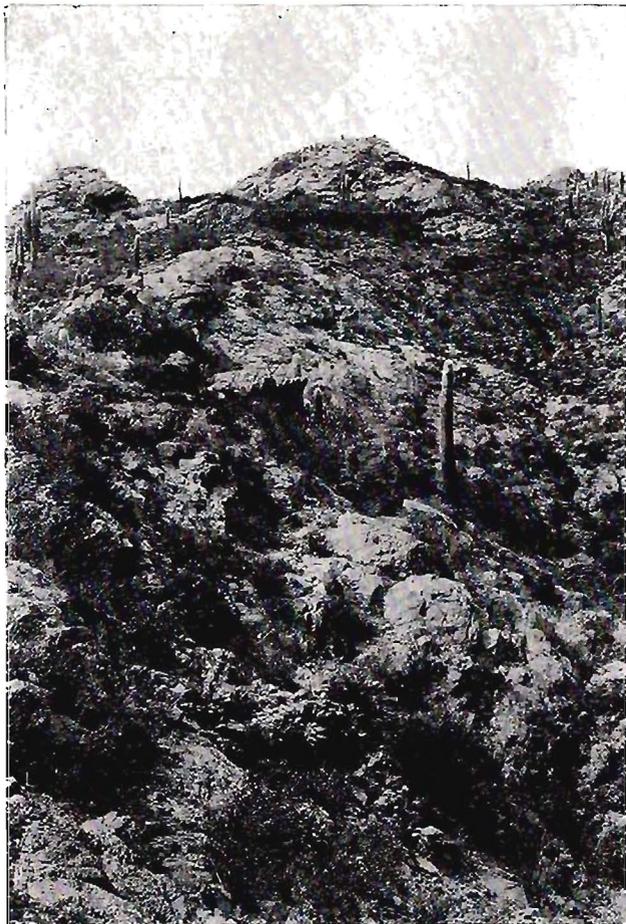


a

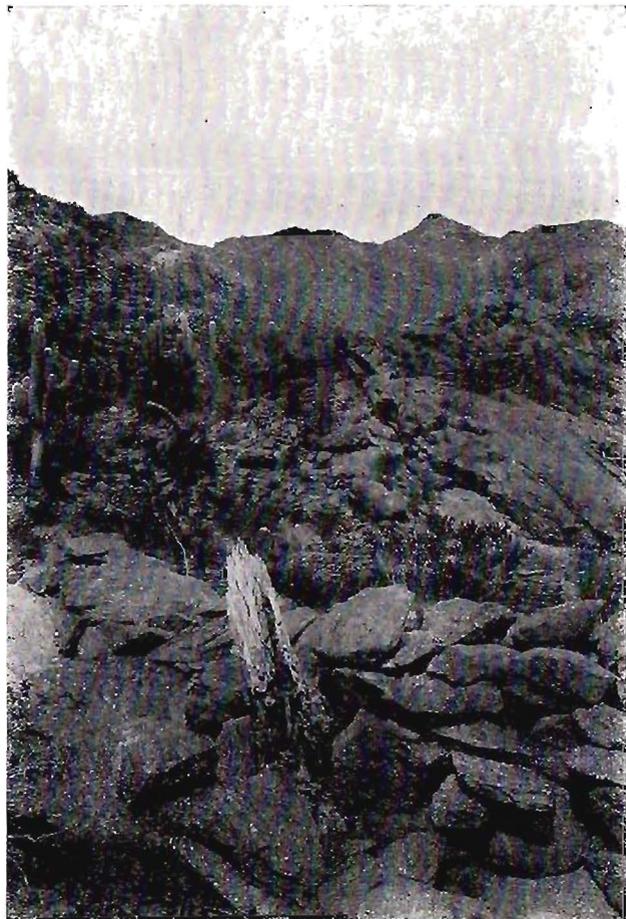


b

Dos aspectos del departamento de Santa María, provincia de Catamarca: a) el valle de Fmambulasto y los serranías de Santa María; b) "El Paso", en Fuerte Quemado, vista del cerro fortificado Intihuatana.

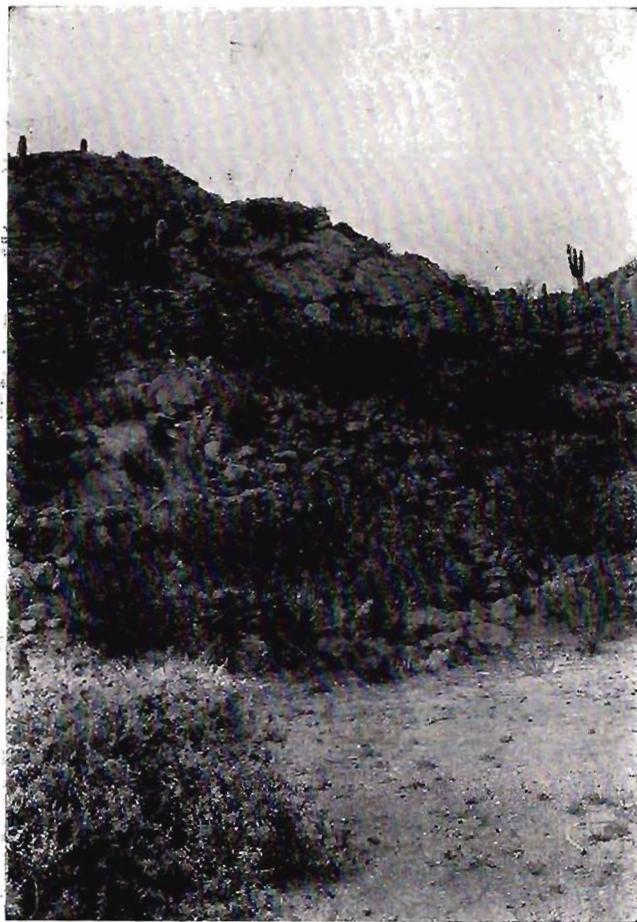


a

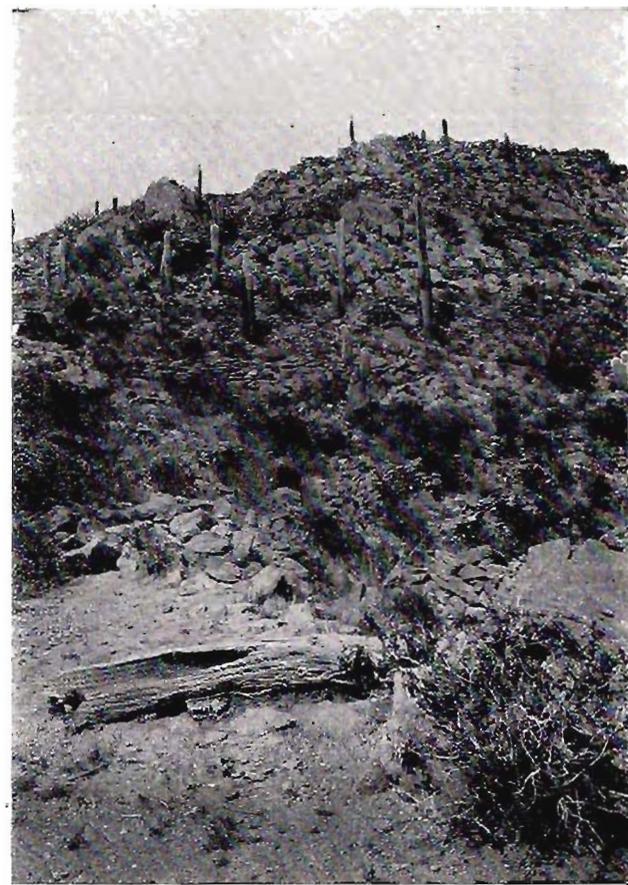


b

El "pucará" de Famabalasto, departamento de Santa María, provincia de Catamarca: a) la muralla grande y algunos vestigios de construcciones cercanas; b) un detalle de una de las murallas.



a

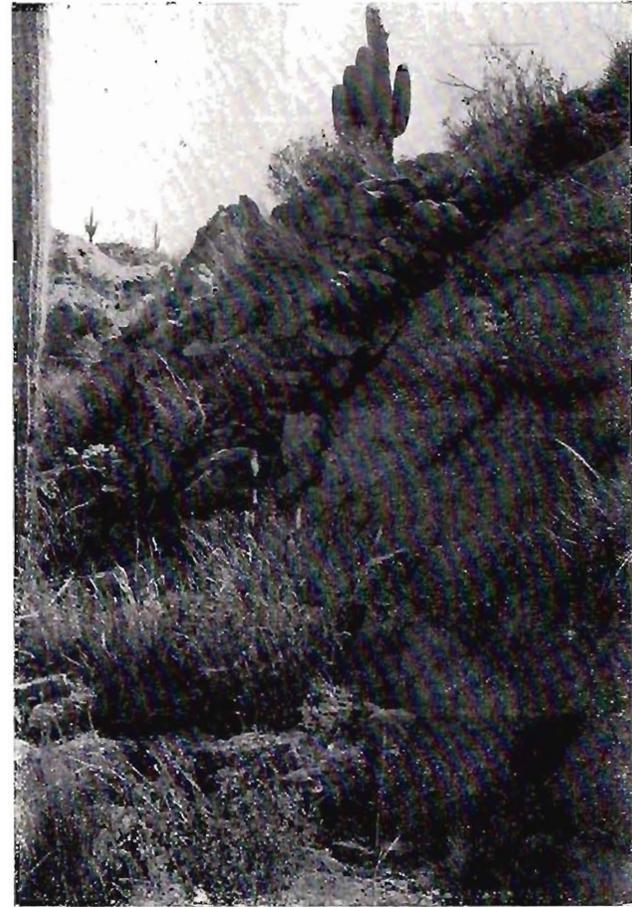


b

El "puerará" de Famabalasto: a) y b) dos detalles de las construcciones y murallas subsistentes.

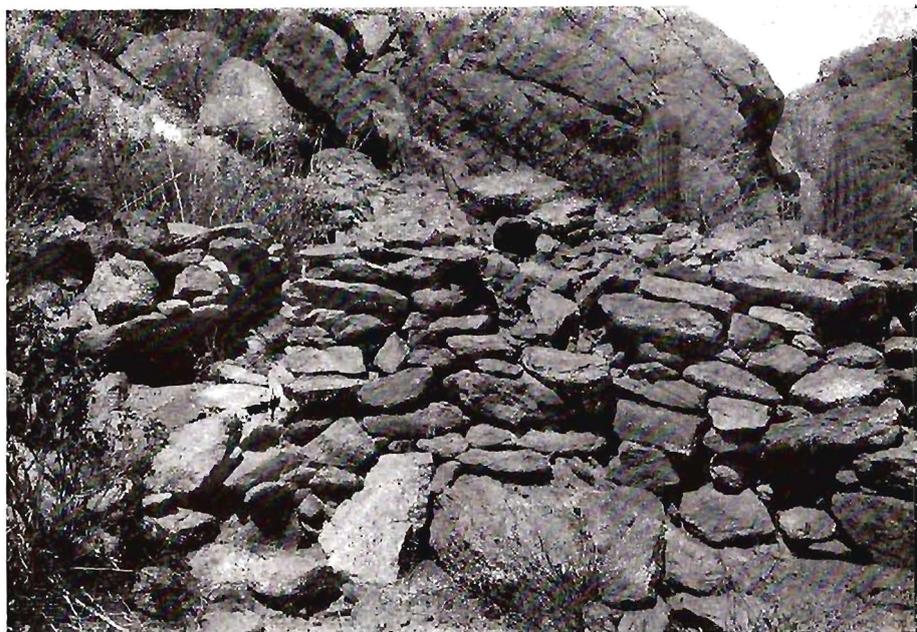


a



b

El "puecará" de Famabalasto: a) algunos detalles de la principal agrupación de construcciones; b) detalle de un muro que apoya sobre una gran peña.



a



b

El "puenrú" de Ennahulastor a) detalle demostrativo de la construcción de una de las PIRCAS; b) detalle de la primera muralla en la sublima desde la Quebrada del Agua Salada.



a



b

Guerreiros con propulsor figurados en la cerámica negra de los Barrecales:

a) Vaso nº 11.061; b) Vaso nº 12.428. Colección Muniz Barreto.

MUSEO DE LA PLATA.



a



b

Guerreros con propulsor en la cerámica negra de los Barreales: a) Vaso nº 11.858; b) Vaso nº 11.915. Colección Muz Barroto.  
MUSEO DE LA PLATA.



a



b

Figuraciones de guerreros en la cerámica negra de los Barreales: a) guerrero con boomerang (?); b) guerrero con propulsor y gran TOKI. Colección Muñoz Barreto. MUSEO DE LA PLATA.



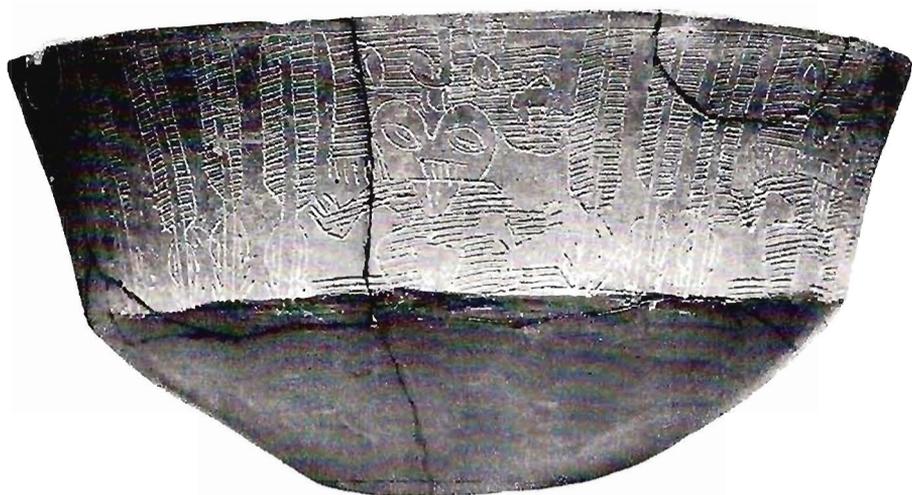
a



b

Guerreros con "medias picas" en la cerámica negra de los Jarreales:  
a) vaso n° 12.623; b) vaso n° 11.917. Colección Muniz Barreto.

MUSEO DE LA PLATA.



a



b

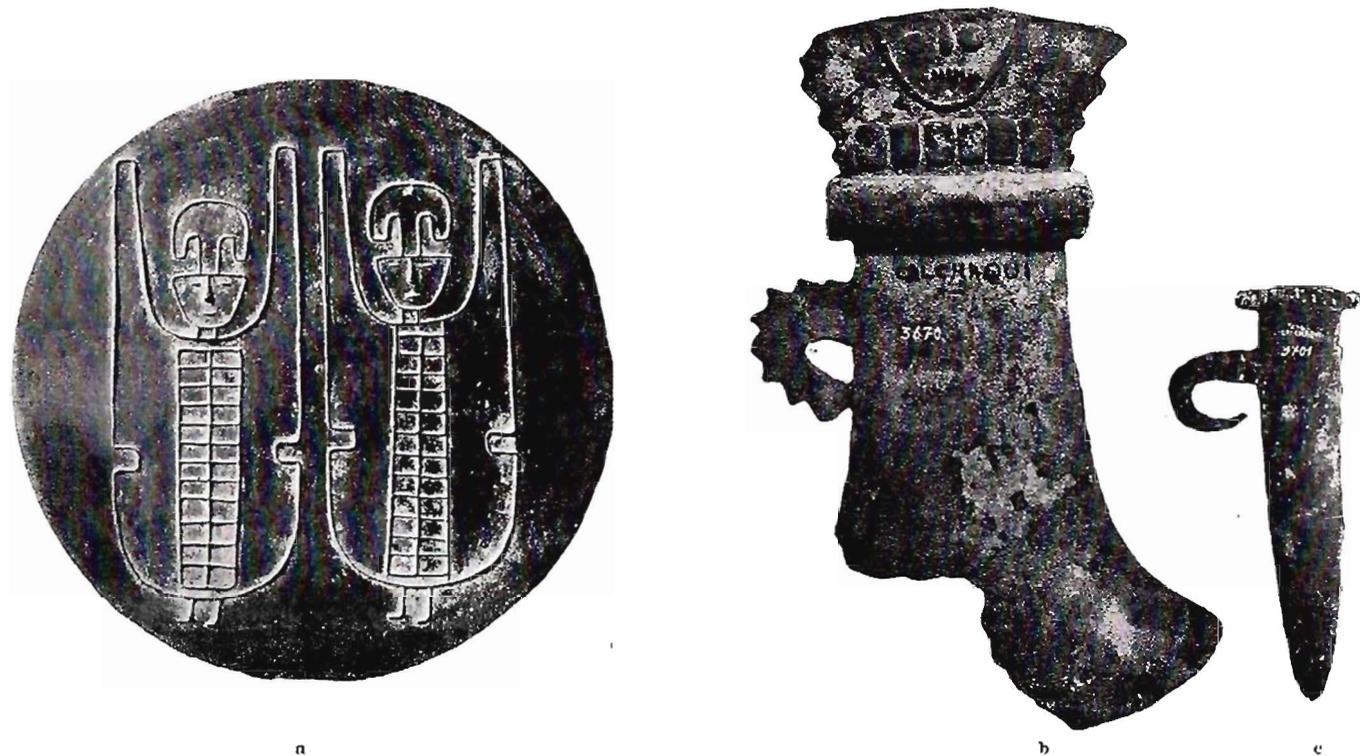
Guerreros con "medias picas" en la cerámica negra de los Barrotes: a) vaso nº 12.335; b) vaso nº 12.838. Colección Muniz Barreto. MUSEO DE LA PLATA.



Vaso procedente de La Aguada con un guerrero figurado. Lleva grandes flechas o jabalinas en ambas manos, y una máscara ceremonial en la cabeza.



Vaso procedente de La Toma con un guerrero figurado. Lleva grandes flechas o jabalinas en ambas manos, y una máscara ceremonial en la cabeza.



Tres objetos de la metalurgia diaguita: a) escudo protector u "orbe"; b) TOKI o cetro de mando, con decoración antropomorfa y geométrizante en relieve; c) pequeño TOKI, sin decoración. Los tres de cobre con aleación de estaño.



a

Dos grandes TOKI diaguitas, con decoración antropomorfa y geometrizable, en relieve. Ambos de cobre con aleación de estaño.

b

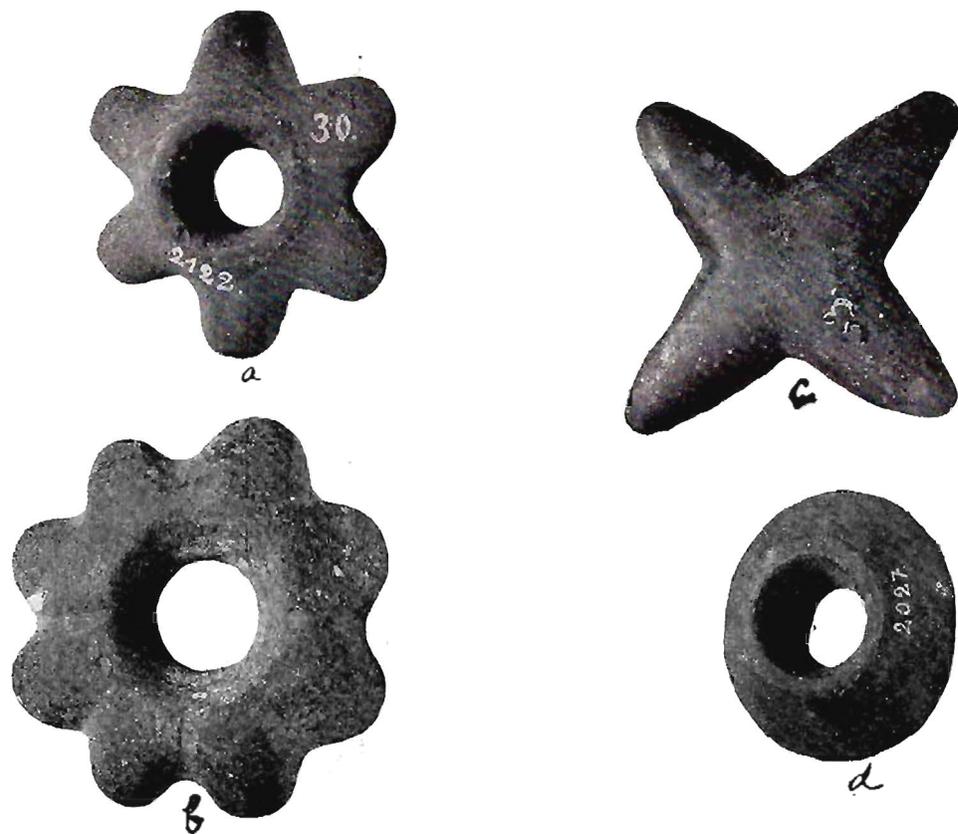


a



b

a) Gran hacha diaguita, de piedra, con talón decorado; b) gran TOKI de cobre, con aleación de estaño, decorado con representaciones antropomorfas y signos geometrizarantes.



Diferentes formas que afectan los "rompeabezas" diaguitas.



Vaso de cerámica negra de los Barreales, con un guerrero con propulsor, flechas y enbeza-trofeo.

Don Francisco de Alfaro, en nombre de su Majestad, para el buen gobierno de ella, los indios trabajan más que los israelitas en Egipto, y más eso, andan desnudos y mueren de hambre, y así les luce a sus encomenderos que quiere Dios estén tan miserables como ellos” (96). En efecto, la guerra y la explotación sin estímulo para el trabajador y con riesgo de una extenuación antieconómica, no podía dejar lucir a los propietarios ni rendir pingües beneficios. Por ello, para lograr la salvación espiritual y material de los indígenas, el obispo pedía al Rey la constitución de reducciones de naturales, agrupándolos en pueblos, a fin de poder— como dice en forma terminante y severa— aliviar “la Real conciencia de su Majestad” y la de sus vasallos seculares y eclesiásticos en América.

De esta suerte, y por resultas de esa guerra cruel, de esa violación de la legislación vigente, de esa explotación despiadada, de las enfermedades y plagas que el blanco arrastró siempre consigo en toda aventura de conquista, fué mermando y desapareciendo esa población aborigen de la que podía decirse, por palabra autorizada, que “son de los mejores naturales y entendidos de cuantos he visto en todo este Reino” (97). Su desaparición fué el fruto postrero de todo ello.

## VI

### CONCLUSIONES

1. — Todas las fuentes históricas describen a los diaguitas —y dentro de ellos especialmente a los calchaquíes— como poblaciones netamente beligerantes y con una capacidad guerrera extraordinaria.

2. — Existe tradición de que, por dos veces, rechazaron a los ejércitos del Inca, y sabemos, por prueba documental, que destruyeron a tres “asientos de ciudad” edificados por los españoles durante la Conquista.

---

(96) (LARROUY), *Documentos del Archivo de Indias*, etc., cit., I, 52.

(97) (LARROUY), *Documentos del Archivo de Indias*, etc., cit., I, 138.

3. — Su arquitectura militar, caracterizada por las edificaciones en lo alto de los cerros, denominadas “pucará”, evidencian gran sentido estratégico, pues cierran la entrada o salida a los valles y permiten vigilarlos en gran extensión.

4. — Para la ubicación y edificación de los mismos se cuida especialmente la provisión de agua potable.

5. — A la sombra de los “pucará”, como a la de los castillos medievales de Occidente, florecen poblaciones sedentarias y pacíficas, dedicadas al laboreo de la tierra: los “pueblos viejos”; sus habitantes buscan refugio tras de las murallas del “pucará” y colaboran en la defensa común, en caso de invasión.

6. — Con una economía inteligente de esfuerzos, las defensas de cada “pucará” están en estrecha relación con las dificultades de acceso a la cima del cerro fortificado: las murallas se espesan en las partes accesibles y se limitan y hasta desaparecen en los lados rípidos o casi inaccesibles.

7. — La cruenta guerra entre españoles e indígenas fué una guerra total: no hubo distinción marcada entre combatientes y no combatientes.

8. — Esta lucha fué, también, en el lado indígena, una verdadera lucha civil: los españoles, como en otras regiones de América, excitaron a unos indios contra otros buscando la dominación por el resurgimiento o la actualización de las viejas querellas que separaban a los autóctonos.

9. — Sin embargo, la presencia de los invasores sirvió de aglutinante, en muchos casos: “Juan” Calchaquí, Silpitoce, encabezaron alianzas generales de tribus hasta entonces dispersas y hasta hallaron el apoyo de otras “naciones” autóctonas.

10. — Un aventurero español, tráfuga de su campo, enseñó a los indígenas la utilización de un arma poderosa —el arcabuz— y mejoró su técnica de asedio y embestida a recintos fortificados.

11. — Aun antes de esta enseñanza, los diaguitas poseían una técnica de combate adelantada: se renovaban durante la lucha, sostenían sitios, desviaban el curso de los ríos para obligar a rendirse por la sed.

12. — Otro aspecto de la guerra total fué que, de uno y otro lado, ella acusó un interés de destruir las fuentes de producción económica: quemazón de sementeras y robos de ganado la jalonan.

13. — Los indígenas resultaron invencibles en sus “pucará”. Fué necesario atacarles por hambre y esperar sus expediciones al llano en busca de las vainas de algarroba, complemento o sustituto, según los casos, de las cosechas de maíz arrasadas.

14. — Además de la formidable arma defensiva del “pucará”, los diaguitas utilizaron escudos grandes y pequeños. Como armas ofensivas el despeñamiento de piedras desde sus reductos; el arco y la lanzadera para el envío de flechas, la jabalina, la honda para distancias cada vez más cortas; la porra o rompecabezas, anular o estrellado, y acaso hasta el hacha o insignia de mando pudo ser utilizada en combates cuerpo a cuerpo.

15. — La repartición geográfica y el predominio de algunas de aquellas armas ofensivas no es uniforme en toda la antigua “provincia” de los diaguitas; permite, por el contrario, establecer subzonas, según ocurre en muchas de sus otras actividades.

16. — Los guerreros diaguitas buscaban un efecto psicológico de temor en sus enemigos. El uso de grandes tocados hechos con cabezas y aún con la piel entera de grandes animales, tenía no sólo un propósito de ornato sino también de aumentamiento de la propia temibilidad a los ojos del adversario. Otro tanto ocurría con el uso de las cabezas-trofeo.

17. — El llamado “Gran Alzamiento” marca el apogeo de la cruenta lucha sostenida contra el español ya asentado en el territorio y demuestra, palmariamente, la capacidad del indígena para seguir sosteniendo esa guerra.

18. — Durante ese episodio se marcan, de una y otra parte, los más netos procedimientos de crueldad. Guerra desesperada y sin cuartel, apela en los dos bandos a procedimientos terribles de martirización de los vencidos.

19. — Las ciudades españolas padecen de consecuencias de esa guerra. La Londres catamarqueña es convencionalmente

mantenida como ciudad, pese a su real inexistencia. A su vez, los indios comienzan a extinguirse rápidamente.

20. — Una de las razones económicas de esta lucha es el sistema de encomiendas y las demasías que en su práctica se cometen.

21. — Las Ordenanzas de Alfaro han caído, prácticamente en desuso; nadie las cumple ni las recuerda en el Tucumán del siglo XVII.

22. — La voz de la Iglesia se levanta para defender a los indios; el obispo del Tucumán propone la creación de reducciones de naturales agrupados en pueblos.

LA PLATA

*Instituto del Museo*